

lipo II una gloria, que solamente pasiones mezquinas podrían disputarle. Ha fracasado, pero también ha triunfado. Si no ha destruido el protestantismo, por lo menos ha contenido sus progresos en los Países Bajos y en Francia. ¿Se le imputará como un crimen el haber obtenido estos resultados por medio de la violencia? Este crimen es el del catolicismo. En vano sería negarlo; la voz de los Papas, esos vicarios infalibles de Dios, clama á todos los príncipes durante la larga lucha de la Iglesia contra los herejes: la guerra es el único medio de extirpar la herejía. Al declararse impotentes para vencer á la Reforma por medio de la libre discusión, los Papas han proclamado la decadencia del cristianismo tradicional. ¿Qué importan los triunfos parciales que alcanzan en el siglo XVI sobre los protestantes? En la esfera del pensamiento las victorias de la fuerza armada no son decisivas. Los enemigos de Roma tenían la costumbre de apelar á un concilio universal; los vencidos en la lucha del catolicismo y del protestantismo pueden apelar al porvenir, á la humanidad, y esta apelación será escuchada pronto ó tarde.

### SECCION III.—LA FRANCIA.

#### § 1.—Francia en la lucha religiosa.

La España desempeña un papel bien caracterizado en la lucha del catolicismo y de la Reforma. Esto es lo que hace su grandeza en el siglo XVI; tiene su bandera, la de la antigua fe, por la cual no ha dejado de combatir desde que existe. Alrededor de esta bandera reúne todas las fuerzas del catolicismo; las manda y puede decirse que ejerce una especie de dominación universal sobre el mundo católico. La Francia no se decide ni por la antigua religión, á pesar de llamarse el reino cristianísimo, ni por la nueva confesión, á pesar de su genio revolucionario. Enciende ciertamente hogueras contra los innovadores, pero al mismo tiempo los

sostiene en Alemania y en los Países Bajos; uno de sus reyes se titula protector de la libertad germánica, y esta libertad es la del protestantismo. La indecisión entre lo pasado y el porvenir constituye la debilidad de la Francia en el siglo XVI. Se desgarran en espantosas guerras civiles; en cierto momento diríase que va á desaparecer para ser absorbida en la inmensa monarquía católica de Felipe II.

A primera vista admira el papel de la Francia en la lucha que inaugura la era moderna; estamos tan habituados á verle llevar la iniciativa del movimiento, que nos cuesta trabajo el comprender que en el siglo XVI haya vacilado entre el pasado y el porvenir. La Francia era, sin embargo, desde aquella época una de las grandes potencias del mundo occidental. En tiempo de Francisco I, disputó la monarquía universal á la casa de Austria; ¿había de haber bajado viva á la tumba con el rey caballero? No es posible dudar de que haya tenido una misión en la guerra de los dos principios que se disputaban el imperio de la cristiandad, pero es difícil determinarlo. Diríase que la incertidumbre de la Francia se refleja en los historiadores; no están acordes más que para condenarla apasionadamente. Los católicos le imputan como un crimen su política páfida, ortodoxa en apariencia, en realidad favorable á los innovadores (1). Los libres pensadores le guardan rencor, porque no se ha puesto á la cabeza de la revolución (2). Nosotros creemos que estas acusaciones no tienen en cuenta el genio francés ni el espíritu de la Reforma. Si la Francia no abrazó un partido decisivo en la lucha del protestantismo y del catolicismo, es porque en el fondo no era ni protestante ni católica.

La Reforma, inaugurada por Lutero, alemana hasta la médula de los huesos, es esencialmente germánica; ahora bien, lo que caracteriza á la raza alemana es principalmente el espíritu de diversidad; así es que en su origen la Reforma no fué más que una insurrección contra Roma, contra la unidad católica. Por esto mismo la Francia no podía simpatizar con los reformadores, porque su genio es el de la unidad. Desde el siglo XVI tenía por di-

(1) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (t. XI, p. 304).

(2) MICHELET, *Historia de Francia*, t. IX, p. 116.

visa: « *Un Dios, un rey, una religion* » (1). Los reyes, órganos de la nacionalidad francesa, proclamaron esta máxima como la base de la monarquía: « Así como por la Providencia divina no hay más que un sol y un solo rey en nuestro reino, por semejante razon no debe haber más que una sola religion » (2). En este orden de ideas no era posible comprender la coexistencia de dos iglesias en un Estado. « Es una cosa monstruosa, imposible », dice el parlamento (3). « Si se la permite, dicen los jefes de la opinion católica, será una causa de disolucion y de muerte » (4). La necesidad de la unidad religiosa llegaba hasta la pasion, hasta el furor en los hombres exaltados: « ¿Quién no ve que la division es la muerte? » exclama el fogoso Boucher. Despues el predicador de la Liga lanza una invectiva contra la *dualidad*, « que es el número de los animales inmundos, que significa los malos, los corazones con doblez; el que pide la division es el apóstol del Antecristo » (5). De esta violenta reprobacion de la division religiosa participaban los hombres más moderados (6), aún aquellos que eran partidarios de la tolerancia y que no se asustaban por las ideas nuevas. Nadie ha expuesto con más fuerza que *L'Hospital* los peligros que presentaba la Reforma para la unidad del Estado: « Es una locura, dice, esperar paz, reposo y amistad entre las personas que son de diversas religiones. Y no hay opinion que tan profundamente penetre en el corazón de los hombres como lo opinion de religion, ni que tanto separe á unos de otros.... Hoy lo experimentamos y vemos que un frances y un inglés que profesan una misma religion tienen más amistad entre sí que dos ciudadanos de una misma ciudad, sujetos á un mismo señor, que profesasen diversas religiones. En términos que la union de religion sobrepaja á la que produce el país; por el contrario, la division de re-

(1) ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, I, 2, p. 172.

(2) Edicto de 1567 acerca de los oficiales de judicatura y su religion. (*Memorias de CONDÉ*, t. I, p. 185.)

(3) Representaciones del Parlamento contra el edicto de tolerancia de Enero de 1561. (*Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 51-53.)

(4) Peticion presentada al rey por el triunvirato, 1562. (*Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 389.)

(5) *Sermones de la simulada conversion de Enrique de Borbon*, p. J. BOUCHER, doctor en teología, París, 1594 (*Sermon IX*, núm. 13).

(6) PASQUIER, *Cartas*, IV, 13.

ligion es más grande y profunda que otra cualquiera. Es la que separa al padre del hijo, al hermano del hermano, al marido de la mujer. Es la que desvia al súbdito de la debida obediencia á su rey y engendra las rebeliones.... Si, pues, la diversidad de religion separa y desune las personas unidas por tan íntimos vínculos, ¿qué hará entre los que no se hallan tan próximos? La division de las lenguas no separa más que los reinos, pero la de la religion y de las leyes, de un reino hace dos. De aquí nace el antiguo proverbio: *una fe, una ley, un rey*. Y es difícil que los hombres, hallándose en tal diversidad y contrariedad de opiniones, puedan contenerse sin apelar á las armas; porque la guerra, como dice el poeta, sigue de cerca y acompaña á las discordias » (1). Lo que en los espíritus políticos era conviccion razonada, era en el pueblo un instinto profundo, irresistible: « La gran masa de la nacion, dice un contemporáneo, propendia á la conservacion de la religion católica establecida en Francia hacía mil doscientos años, y les parecia que era, no solamente impiedad el cambiarla ó alterarla de alguna manera, sino tambien imposible sin arruinar al Estado » (2). Los hugonotes fueron siempre una pequeña minoría (3); y, cosa notable, nunca se arraigaron en la ciudad que es como el corazón de Francia, París.

La Francia era, pues, católica en el sentido de que, dotada en alto grado del sentimiento de la unidad, le repugnaba la excision de la Iglesia; parecia temer su propia disolucion en la disolucion de la cristiandad. Pudiera creerse que por esta razon estaba predestinada á tomar la defensa de la unidad cristiana amenazada por los nuevos sectarios. Pero, si la Francia era católica por su necesidad de unidad, no lo era por sus creencias como la España. La España dió al catolicismo, no solamente un Carlos V y un Felipe II, defensores armados de la fe antigua, sino tambien un Ignacio de Loyola, más grande que el Rey Católico y que el Emperador de Alemania. Para salvar al cristianismo histórico, no bastan los ejércitos; se necesitaba un nuevo principio de vida,

(1) L'HOSPITAL, Arenga á los Estados generales de Orleans, de 1560 (*Obras*, t. I, p. 396-398).

(2) *Memorias de CASTELNAU*, c. 33 (PETITOT, xxxiii, 25).

(3) En 1568 no habia más de medio millon de hugonotes (SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. II, p. 297).

áun cuando no fuera más que para exaltar á sus defensores y excitarlos al combate. El reformador del catolicismo nació en España, signo seguro de la misión de la raza española. En cuanto á la Francia, ni se hallaba dispuesta para una reforma católica, ni para una reforma protestante: le faltaba el espíritu cristiano. Esto no es una paradoja. Los contemporáneos nos dicen que el rigor cristiano de los reformados asustaba á los cortesanos. En Orleans los calvinistas condenaron á muerte á dos adúlteros. «Esta sentencia, dice *de Thou*, fué tan mal recibida por los cortesanos, que la mayor parte tuvieron la impudencia de decir en público que siempre se opondrían á los protestantes y que nunca tomarían por modelos gentes que, con severidad desconocida entre nosotros, habían castigado con la muerte el adulterio que hasta entonces había quedado impune.» Semejante sociedad no estaba hecha para ponerse á la cabeza de una revolución religiosa; en efecto, quien dice revolución religiosa, dice revolución moral. Si la Francia no era ya cristiana por las costumbres, es más que probable que no lo era tampoco por las creencias, porque cuando las creencias son fuertes, dominan á las almas. No sin razón se sospechó en el concilio de Trento de la ortodoxia francesa (1). El catolicismo es para la Francia lo que es hoy casi en todas partes, una religión política. Había, sin embargo, una minoría ardiente, que conservaba el culto de lo pasado á la manera de los españoles; así es que llamaba con todo su corazón al rey de España y al régimen de la Inquisición. Esta minoría consiguió dominar temporalmente en la nación por el fanatismo de su celo, pero era impotente para dirigir sus destinos. Ya la Francia llevaba en su seno el germen de un cisma; era galicana. El galicanismo confirma lo que decimos de las tendencias de la raza francesa. Es una doctrina política más bien que religiosa; bajo el punto de vista católico, no es más que un tejido de contradicciones, pero las contradicciones desaparecen cuando se considera el sentimiento que inspira á la nación; quiere ser fiel á la unidad cristiana, y no quiere que los Papas le impongan leyes. Si fuera sinceramen-

(1) VARGAS, embajador de España en Roma, trata á los Franceses católicos de luteranos: quieren hacernos á todos luteranos, escribe á Granvelle (*Papeles de Estado de GRANVELLE*, t. VI, p. 517).

te creyente, bajaría la cabeza ante el Pontificado como la España.

No siendo la Francia ni protestante ni católica, ¿cuál debía ser su papel en un siglo en que reinaban las pasiones religiosas? No podía tomar en aquellos debates la iniciativa que más tarde ha tomado tan brillantemente en el movimiento político. ¿Quiere esto decir que haya sido infiel á su divisa, el progreso, la libertad, la humanidad? ¡Espectáculo singular y que prueba, como toda la Historia, que la Providencia dirige los destinos del género humano! la Francia salva al protestantismo al mismo tiempo que lo combate en su seno. Carlos V echó constantemente en cara á Francisco I que «ponía cuantos obstáculos podía al remedio de la fe» (1). Cuando el astuto Mauricio creyó favorable el momento para enarbolar la bandera de la Reforma, que para él era la bandera de la libertad y de la independencia de Alemania, se dirigió al hijo de Francisco I, y un rey de Francia se declaró defensor de la libertad germánica. Los príncipes protestantes, siempre divididos, y por consiguiente siempre débiles, no tuvieron nunca más fuerza que el apoyo de la Francia: «¿Quién ignora, dice, *Schomberg*, que solamente el contrapeso y el apoyo de la corona de Francia sostiene á los protestantes contra los católicos, de quienes usurpan los bienes, y que son sostenidos por el rey de España, la casa de Austria, el Papa y todos los potentados de Italia?» (2). Cuando estalló la terrible guerra que estuvo á punto de destruir el protestantismo en la patria misma de Lutero, la Francia fué también la que lo salvó, y la Francia gobernada por un cardenal. ¿No parece una ironía de la fortuna?

Por inconsecuente que parezca, la Francia es muy consecuente consigo misma. Si se interesa en la Reforma, no es por sus doctrinas religiosas; las disputas acerca de la gracia y de la fe tienen poco atractivo para el espíritu positivo de la raza gala. Pero la revolución del siglo XVI tiene un aspecto político, resultados políticos, que interesan mucho á la Francia; por esto interviene incesantemente en favor de los protestantes de Alemania. Salvando la Reforma, salvó la Francia la libertad de pensar que le inte-

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. II, p. 240.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, Apéndice, p. 113.

resa más de veras que la libertad evangélica. La Francia, se dirá, ha defendido el libre pensamiento á su pesar, ó al ménos sin tener conciencia de ello. Verdad es que ni Francisco I, ni Enrique II, ni Richelieu, han pensado en combatir por la libertad de la inteligencia; pero esto no impide que las naciones tengan su mision, que instintivamente llevan adelante bajo la mano de Dios. Por el mero hecho de ser la Francia política en religion, es decir, casi indiferente, estaba predestinada á ser el instrumento de la Providencia para propagar la tolerancia de la cristiandad. La paz de Augsburgo consagró el derecho de los príncipes, y no la libertad; así es que dió por resultado la tiranía religiosa lo mismo entre los protestantes que entre los católicos; fué preciso que corriese la sangre á torrentes durante treinta años para dar á la Alemania la libertad de conciencia que el edicto de Nantes dió á la Francia ántes de fines del siglo XVI. La Francia tiene la gloria de haber inaugurado la era de la tolerancia.

La política de la Francia respecto del protestantismo anuncia su mision. No es católica ni protestante, tiene una religion más alta, la de la humanidad. La tolerancia es la primera manifestacion de este sentimiento nuevo; no es la única ni la más notable. Lutero rompió la unidad católica é introdujo el principio de la diversidad en el mundo religioso. Si la Francia sostuvo con una mano la unidad católica, con la otra rompió la unidad cristiana y fué mas allá que Lutero: Francisco I fué el primer príncipe cristiano que hizo alianza con los Turcos. Considérese un momento el pasado de la Francia y el estado de la cristiandad, y se admirará la audacia de este acto. Los reyes de Francia se llamaban los reyes *crístianísimos*; ganaron ese título envidiado en los campos de batalla del Asia. La raza francesa tomó la iniciativa de las Cruzadas, esas guerras heroicas que habian de destruir al mahometismo. Habia lucha á muerte entre las dos religiones y las civilizaciones que procedian de ellas, hasta el punto de que toda relacion entre cristianos y mahometanos era condenada por el Pontificado como una especie de apostasía. ¡Y de repente el *hijo mayor de la Iglesia* fraterniza con el jefe del islamismo! No sin razon se escandalizó el mundo católico. Los Papas recordaron al rey de Francia que era el defensor nato de la fe cristiana contra los in-

fieles (1). Los sentimientos de los protestantes estaban conformes con los del Pontificado; se indignaron todavía más al reprobar la liga de Francisco I con los Turcos. El ódio al nombre musulmán hizo á los príncipes alemanes cometer la más imperdonable de las faltas políticas, la de ayudar á Carlos V á vencer al rey de Francia, su aliado natural y su protector. Los calvinistas franceses se hallaban igualmente animados contra los Turcos: escuchemos á *La Noue*, uno de los espíritus más distinguidos de la Reforma: «Esos profanos mahometanos, que adoran á un Dios imaginario, el cual, segun dice la Escritura, es más bien un diablo, y que manchan la honestidad y saquean el mundo, ¿qué conexión y sociedad podemos tener con ellos?» (2). No se equivocaban papas y reformados al clamar contra aquella alianza impía que unia á los hijos de la luz con los hijos de las tinieblas; todos aquellos á quienes queda en las venas una gota de sangre ortodoxa, la maldicen todavía (3). Pero la Historia, léjos de maldecirla, nos enseña que el anillo enviado por Francisco I á Soliman es el primer vínculo de una unidad más profunda que la falsa unidad de Roma; es el primer eslabon de la cadena que ha de unir á todos los pueblos en un gran todo, la humanidad.

La mision de Francia se descubre con claridad. La alianza con los Turcos es un acontecimiento tan considerable como el protestantismo; no es solamente un hecho político, sino también un hecho religioso; rompe las barreras levantadas por el catolicismo en nombre de Dios entre los pueblos, y prepara una religion más universal que la fe católica de Roma, una religion humana y que abraza á todo el género humano. La Francia representa esta reli-

(1) LEON X escribió á Francisco I: «*Cum rex christianissimus habeatis, debet etiam unus omnium ad rem christianam defendendam esse propensissimus.*» (CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia en el Levante*, t. I, p. 8.) PABLO III escribió en 1538 al condestable de Montmorency: «La historia prueba que siempre ha sido propio de los reyes de Francia el combatir á los infieles.» (RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. I, p. 126.)

(2) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, XXII, p. 417.

(3) M. DE GERLACHE (*Ensayo sobre el movimiento de los partidos en Bélgica*, p. 71) dice que una de las causas providenciales de la caída de la monarquía francesa ha sido la política anticristiana de sus reyes, que se aliaron con los Turcos contra los cristianos, y con los protestantes contra los católicos.

gion desde el siglo XVI. ¿Hace falta ahora explicar por qué no fué el campeón del catolicismo, por qué no se puso á la cabeza de la Reforma? Su mision era más alta. El catolicismo y el protestantismo no son despues de todo sino sectas más ó ménos estrechas, al paso que la Francia representa la humanidad. Si hubiera abrazado el partido del catolicismo, la Reforma hubiera concluido; los protestantes no hubieran podido luchar contra las fuerzas reunidas de la Francia y de la España, y con la Reforma hubiera perecido el libre pensamiento, que habia de ser la gloria de la raza francesa. La Francia salvó la Reforma, aunque sin abrazarla. No podia hacerse calvinista sin ser infiel á su vocacion. En el fondo profesaba la religion de Montaigne, iba más allá que Lutero y que Calvino. La gloria imperecedera de la Francia es el siglo XVIII y la Revolución; ahora bien, la Francia hugonote no hubiera dado á la humanidad ni el gran cosmopolitismo de los filósofos del siglo pasado, ni su odio legítimo contra un pasado que habia de desplomarse; la Francia hugonote no hubiera inspirado á la Asamblea Constituyente ni á la Convencion los decretos inmortales que proclaman, no los derechos del ciudadano ó del fiel, sino los derechos del hombre. Para prepararse á tan gloriosa mision se desgarró la Francia en el siglo XVI en las horribles guerras que los historiadores condenan como una mancha en sus anales. Vamos á decir á quien deben imputarse estos crímenes.

## § II.—Carácter de las guerras civiles.

### I.

Las guerras civiles que ensangrentaron la Francia en el siglo XVI se encendieron en nombre de la religion; provocaron matanzas como no se han visto en ninguna parte, ni áun en la espantosa guerra de los treinta años; excitaron pasiones, mezcla singular de teocracia y de democracia. La Iglesia desempeña en ellas un triste papel; en nombre de la religion se cometieron los más espantosos asesinatos; en nombre de la religion los católicos fran-

ceses, olvidando el más natural y el más legítimo de los sentimientos, sacrificaron su patria á los intereses de Roma. Agobiada con esta herencia, la Iglesia quisiera borrar las manchas de sangre que la afean; quisiera mantener su reputacion de poder conservador comprometido por los actos revolucionarios de sus agentes en las guerras civiles de Francia. Segun sus defensores, aquellas guerras no eran guerras de religion; los calvinistas formaban un partido político, querian hacer de la Francia una república como la de Suiza y la de las Provincias Unidas, lo cual hubiera producido la disolucion de la unidad francesa. La guerra contra los hugonotes fué, pues, segun ellos, una lucha de la monarquía contra el espíritu aristocrático, republicano, una lucha por la unidad de la Francia. Los apologistas de la Iglesia añaden que no fué ella la que rompió las hostilidades, sino los sectarios; que éstos fueron tambien los primeros que llamaron al extranjero, faltando á todos sus deberes para con su rey y para con su patria (1).

Los católicos tienen hoy la pretension de renovar la ciencia histórica, alterada segun ellos por las preocupaciones de la filosofía y del protestantismo. ¿Cuál es el resultado de tan ambiciosa tentativa? Falsoan lo pasado para acomodarlo á las miras interesadas de la Iglesia. No nos será difícil el restablecer la verdad; nos basta con atender á los testimonios contemporáneos, á los mismos que emanan de la Iglesia ó de su partido. En el siglo XVI las pasiones religiosas estaban vivas, y por lo mismo tenian una sinceridad que en nuestros dias han perdido. La Iglesia no ocultaba sus designios; queria la dominacion exclusiva, absoluta, sin consentir la menor disidencia, y lo decia. Para conseguir este fin supremo no vacilaba en apelar á la violencia, á la guerra, á la insurreccion contra los poderes establecidos; veia la mano de Dios hasta en los asesinatos que la libraban de sus adversarios. Por muchos esfuerzos que se hagan para desnaturalizar los hechos, los hechos existen, el trabajo mismo que se toman para alterarlos de-

(1) FALLOUX, *Historia de Pio V*, t. I, p. 225.—LACORDAIRE proclama á la Liga santa y gloriosa, porque ha salvado la nacionalidad de la Francia. (Sermon predicado en Nuestra Señora el 14 de Febrero de 1841, p. 12.)